

CICLO DE ENCUENTROS
“TRAYECTORIAS”
Ana María Lorandi



Desde el año 2008, la Secretaría de Extensión Cultural del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina lleva adelante el Ciclo de Encuentros “Trayectorias”¹ (1). En el mismo, se realizan entrevistas a antropólogos y antropólogas locales y regionales que recuperan, en primer lugar, su biografía y, a su vez, los sentidos construidos acerca de su práctica profesional. Uno de los objetivos principales de este ciclo es poder dejar registro de aquellas historias de vida que han contribuido al desarrollo de la antropología local y/o regional y, por otro lado, aportar a la reflexión sobre la práctica profesional situada de la disciplina.

Actualmente las entrevistas realizadas están disponibles en la página web del Colegio de Graduados². En este número, hemos incorporado la entrevista

¹ Son responsables del proyecto Soledad Torres Agüero, María Soledad Gesteira y María Mercedes Hirsch.

² <http://www.cga.org.ar/trayectorias>.

realizada a Ana María Lorandi durante el mes de junio de 2011, en la ciudad de Buenos Aires³.

Ana María Lorandi es Profesora de Historia (1960) y Doctora en Historia (1967) de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, ha realizado su formación de posgrado en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales y Sorbona en Francia. Es Investigadora Superior del CONICET. Fue docente, desde 1955 hasta la fecha, en las Facultades de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Rosario, de Ciencias Naturales y en el Museo de la Universidad Nacional de La Plata, y en la de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente, es profesora Titular Consulta de esta última universidad. Ha sido directora del Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA) y, actualmente, es la directora de la Sección Etnohistoria del ICA.

Es autora de ocho libros, editados en Argentina, Perú, España y, recientemente, de la edición inglesa de *Quimera, rebeliones y utopías*, la gesta de Pedro Bohórquez con el título *The Spanish King of de Incas. The epic life of Pedro Bohórquez* por Pittsburg University Press. Acredita también más de cien títulos en artículos y capítulos de libros editados en el país y en el exterior. Ha realizado una extensa actividad en la arqueología argentina entre los años 1957 y 1985, y, desde esa fecha hasta el presente, ha desarrollado investigaciones en etnohistoria abordando temas andinos y teórico-metodológicos.

Ana María Lorandi: Yo nací en la provincia de Santa Fe, en una ciudad muy pequeña, muy progresista, Cañada de Gómez. Una de esas colonias que se hicieron cuando se hizo el ferrocarril Rosario-Córdoba y se le concedió a la compañía una legua, a cada lado de la vía, para colonizar y hacer pueblos. Hicieron pueblos todos cuadraditos y hay una zona de chacras, entonces es una zona muy rica. Después hicieron muchas fábricas con capital local, no fábricas de empresas multinacionales y que después se van, no, no, eso... Y quedaron, quedaron muchísimos años, algunas todavía están. Fábricas como la curtiembre más grande de América del Sur, una fábrica metalúrgica como la Helvética, que hacía acoplados para camiones y hasta vehículos con refrigeración, fábricas de aceite, de jabón, otras curtiembres. Los últimos años, los últimos cuarenta años, algo así, también se desarrolló una industria de carpintería, a pesar de que no hay madera, es decir, que no es una zona de bosques ni nada. En fin, era una ciudad muy, muy progresista en la época, tenía dos escuelas secundarias, muchas escuelas primarias, por supuesto, y una buena y excelente biblioteca pública municipal.

Mis abuelos eran inmigrantes italianos, mi abuelo era obrero del ferrocarril, mi papá estuvo también en el ferrocarril pero ya en las oficinas. La familia de mi mamá es de San Antonio de Areco, y también de origen italiano.

³ La transcripción de la entrevista audiovisual fue corregida por Soledad Gesteira. Asimismo, la corrección fue supervisada y aprobada por Ana María Lorandi, quien realizó modificaciones y aclaraciones en función de fomentar la legibilidad del relato.

Y justamente, cuando éramos chicos, que veníamos a San Antonio una vez por año, a mí me parecía que era entrar en la máquina del tiempo. Porque San Antonio es tradición, además con el peso de Segundo Sombra y Guiraldes, y las estancias y las calles empedradas, que hoy en día uno dice “es fantástico”, pero en esa época parecía como antiprogreso, ¿no? Para nosotros era un sufrimiento venir a San Antonio de Areco, era un trauma para mi papá, para mí, y un poco menos para mi hermano que era más chico. Además con una familia italiana del norte que son bravos, bravos realmente, así muy, muy... vocación de castradores (*se ríe*), autocastración y castración a todos, para todos los chicos, el “no” era la palabra que más escuchabas, “no hagas esto, no digas esto”. Además era (o es) difícil hacerme callar (*se ríe*), era terrible, sí, yo siempre fui bastante rebelde. Imaginate una familia así cómo podía mirar que a los veinte años, veintiuno, me fuera a hacer excavaciones con chicas y muchachos, allá al fin del mundo. Todos esperaban que a los nueve meses tenía un chico, pero nunca les di el gusto. Una vez una prima me dijo: “quién hubiera dicho, qué buena carrera has hecho”. Y yo pensé: “¿qué pensaste?” (*se ríe*). A la gente le parecía una cosa fuera del mundo... Es que esto lo hacíamos hace muchos años, son muchos años de esto, ¿no?

Entrevistadoras: ¿Desde dónde viene esta inquietud vocacional?

AML: Mirá, de mi familia únicamente mi padre, que sí tenía mucha curiosidad, que había hecho primario nada más, porque cuando él era joven no había ni siquiera secundario. Pero bueno, era un buen lector, tenía una buena biblioteca, y entusiasmaba, y nada más. Porque de parte de la familia no hay otros intelectuales, no hay un ambiente especialmente intelectual. Papá sí, en algún momento fue presidente de la biblioteca y de la Sociedad de Amigos de la ciudad, entonces había estímulo, pero un estímulo muy, muy elemental, de alguna manera.

E: Cuando se fue a inscribir a la universidad ¿venía meditado lo de la Historia o...?

AML: No, estaba entre la Literatura y la Historia, más la Literatura en su momento, pero me metí bien... Lo que pasa es que yo tuve un secundario muy lindo, un secundario muy lindo. Y en el pueblo había un grupo de intelectuales y un grupo de muchachos que se reunían para “filosofar” y de pronto, me incorporaron a mí, única mujer, era lo más divertido. Se reunían en la casa de uno de ellos, que era una casa antigua, tenía un comedor con una mesa larga. Entonces, hacían una escena, el que hablaba se sentaba de espaldas a la ventana y los demás no nos sentábamos alrededor de la mesa sino en otro extremo, como si fuera el público de una conferencia. Entonces me invitaron a dar una charla, y hablé de los derechos de la mujer. Claro, estaba en quinto año, era el 52, momento en que Evita nos daba el derecho de votar, ¿no? Y discutíamos y leíamos, en esa época leíamos Ortega y Gasset. O sea, había un ambiente en la ciudad, un ambiente favorable, digamos. Y bueno, no sé, el amor por la lectura, leía como loca cuanto cosa me caía en la mano, desde la revista *Cuéntame* hasta Víctor Hugo, me leí toda la obra de Balzac, todo Víctor Hugo que tenía mi papá.

Así que ya te digo, nací en ese pueblo y estudié en Rosario.

A los diecinueve años era ayudante de segunda (alumna), ad honorem, en la cátedra de Arqueología. Nos empezamos a volcar a la arqueología detrás de Rex González que enseñaba Arqueología y Antropología. Y empezamos a incorporarnos al Instituto de Antropología... yo conseguí fondos de la Helvética de Cañada de Gómez para las dos primeras campañas arqueológicas que hicimos a El Alamito, campañas que fueron históricas en muchos sentidos porque era la primera vez que un grupo de estudiantes participaba verdaderamente en una investigación. No es que íbamos de excursión con los profesores, sino que formábamos un equipo, se publicaron parte de los resultados y así, muy temprano nos iniciamos en la investigación. Es más, la primera campaña la hicimos con Rex González y la segunda no, porque se fue a Estados Unidos y la hicimos solos, ¿no? (*Sonríe*) No sé, yo creo que de puro ignorantes nos animábamos a hacerla, ¿no? Porque uno no conoce el riesgo, se anima entonces a hacer una osadía que no sé si alguno de ustedes ahora se animaría a hacerla, por ejemplo, con más antecedentes, con más experiencia... Era el momento, el año 57, era el momento en que comenzaba la arqueología más científica, más moderna, de modo que ¡¡¡teníamos tanto entusiasmo!!!... Yo creo que podríamos haber ido caminando a Catamarca, ¿no? El otro día encontré una cosa muy divertida, algo que hice a los veintiún años... Cerca de Cañada de Gómez, está el pueblo Carcarañá y a orillas del río alguien había encontrado una cantidad de material lítico tallado cuya identificación todavía no es clara y lo habían depositado en una peña folklórica. Entonces, alguien me avisa del hallazgo, lo estudié, luego lo publicamos con Rex González. Y un día me invitan a una conferencia, yo tenía veintiún años (*sonríe*). Me invitan a dar una conferencia y hay una carta de invitación a la conferencia en la Peña El Chingolo, y abajo decía: "Menú: Parrillada completa" (*se ríe*). Y otro día, criticando gente que hace currículums inflados, yo dije: "pero ¡¡¡yo me olvidé de poner en mi currículum mi conferencia en la Peña El Chingolo!!!" (*se ríe*).

Así que les digo, mi vida empezó ahí, muy, muy jovencita me empecé a dedicar a la investigación. Estudié historia, no existía la carrera de Antropología, estudié Historia y me dediqué a la arqueología por treinta años y fue una aventura muy linda de la cual no reniego para nada. Aunque, después, en determinado momento entré en crisis, porque la Arqueología ha tomado un cariz excesivamente científico, hay que utilizar cada vez más recursos metodológicos o técnicos de ciencias duras, y yo realmente sentí que me hacía violencia con eso. Y con mi estadía en Francia, etcétera, empecé contactos con Murra, bueno, eso de antes... con Murra y con Nathan Watchel, y con el equipo de Nathan, entonces, poco a poco me fui deslizando a la etnohistoria. Y bueno, ahora estoy haciendo historia, antropología histórica, podemos verlo después con algún detalle. Así que, a rasgos muy, muy generales, es decir, tengo treinta años de excavaciones desde los veinte años hasta más o menos los cincuenta, cuando hice las últimas excavaciones. El último sitio inca se lo cedí a Verónica Williams para que ella hiciera su tesis de doctorado, ¿no? Pero ya no podía tampoco, siempre tuve problemas en los pies, para caminar, para subir, tuve problemas en la columna, así que ya no, excavar prácticamente no podía, físicamente me costaba mucho. Bueno, pero estoy muy contenta con el cambio, el trabajar a partir primero de

las crónicas y la documentación sobre la sociedad indígena del período colonial y lo que se podía recuperar del prehispánico, fue una aventura muy, muy rica también.

Además llegar a la Universidad de Buenos Aires fue un cambio sustancial, porque yo estuve primero como profesora auxiliar en Rosario hasta alcanzar el cargo de adjunta que gané por concurso del que no alcancé a hacerme cargo porque renuncié en 1966 con la Noche de los Bastones Largos, pero en 1964 yo había ingresado a carrera de Investigador en el CONICET⁴. Son esas cosas que me pasan a mí en la vida, pues alguien me dijo, creo que era Krapovickas, “¿por qué no se presenta a la carrera de investigador?”. Entonces, yo envié los papeles, me presenté y entré. Yo nunca había pisado el Consejo de Investigaciones. Lo mismo sucede cuando me doctoré. Hasta el momento, todos nosotros hacíamos profesorado, a nadie se le ocurría hacer otra cosa. Entonces yo dije: “ay, me gustaría hacer una licenciatura”. Yo estaba trabajando sobre arte rupestre. Y un día, charlando con el decano de turno, le dije que quería hacer una tesis de licenciatura, y él me dijo: “y ¿por qué no hace una tesis de doctorado, para que va a hacer tesis de licenciatura?”. “Ah, bueno”, respondí. Como el trabajo tenía entidad de tesis de doctorado, por lo menos para la época, además de que no se exigían cursos, me inscribí para defenderla. Y bueno, así me doctoré a los treinta años así, medio por casualidad, nadie me presionó, la terminé cuando la terminé. Son esas cosas de... esas cosas un poco del azar, ¿no? Y sí... creo que una virtud mía fue agarrar la oportunidad (*sonríe*), pues a la oportunidad la presentan calva.

Hay dos cosas que yo mencionaría como muy importantes, y en última instancia también fueron producto del azar. Una de ellas es haber aprovechado la oportunidad de formar parte del primer equipo de investigación formado por Rex González, cuando él iniciaba el gran cambio en la arqueología argentina y haber sido partícipe de ese proceso de construcción de una disciplina que estaba en plena renovación. La segunda: en 1967 me invitan a un congreso de arte rupestre en Huanuco, en Perú, y ahí lo conozco a Murra. Murra invita a un grupo a visitar el importante centro administrativo inca de Huanuco Pampa, y me empecé a vincular con la etnohistoria, de la que sabía muy poco esa época. Es más, nosotros en nuestra arqueología científica no leíamos crónicas, estaba como... No estaba prohibido, obviamente, pero se suponía que la crónica solo daba el panorama de la población indígena del momento del encuentro con los españoles, y que para retrotraernos en el tiempo había que usar otros recursos científicos, sobre todo porque algunos arqueólogos usaban muy mal las crónicas y proyectaban ese presente hacia cualquier tiempo pasado. Es decir, achatando, no teniendo en cuenta la profundidad temporal. Cuando se descubren los métodos para hacer cronología indirecta o directa, ya después con carbono 14, etcétera, es decir... basarnos en las crónicas era un recurso no bien visto científicamente. Porque vos viste cómo hace la ciencia, la ciencia es pendular, en un determinado momento nos dice: “hay que hacer así”, en otro momento cambia el rumbo y dicta nuevas reglas. Yo tengo un gran enojo permanente con ese tipo de oscilaciones violentas, ¿no? Es decir, aquel hizo esto, “bueno, no, está

⁴ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

mal hecho, hagamos otra cosa". Y no es "está mal hecho", porque en realidad uno construye a partir de algo, y cada uno lo hace de acuerdo con su configuración cultural, académica y científica del momento, porque cada uno avanza un poco pero siempre sobre la base de lo anterior.

"El día que me ofrecen en el 84 venir acá, no me lo terminan de decir.."

AML: La Universidad de Buenos Aires me dio una cantidad de opciones que antes no había tenido. Bueno, salgo de Rosario siendo todavía muy joven, treinta años, y como estaba en el CONICET, pido lugar de trabajo en La Plata, ahí un año medio complicado, incierto y... Pero bueno, cuando Rex González volvió, me ofreció ser su adjunta, él tenía dos cátedras, lo que yo no me imaginaba era que él me iba a largar una de las cátedras directamente, y fue Americana. Al punto, estaba tan asustada, que me pase tres días sin hablar, cosa que es un síntoma terrible para mí (*sonríe*), estaba realmente muy asustada. Bueno, y estuve dictando Arqueología Americana en el Museo. Pero como a Rex González no lo querían en La Plata, pues en La Plata hay un ambiente muy mediocre... Los más jóvenes que llegamos con él le estábamos tapando las promociones a los platenses que venían detrás, de manera que no fue una buena experiencia, el último tiempo las relaciones estaban mejor, pero el día que me ofrecen en 1984 venir a esta Universidad... no me lo terminaron de decir que ya estaba en Buenos Aires. Y bueno, en La Plata no me daban becarios, por ejemplo, no podía presentar becarios, tenía problemas. En cambio acá, inmediatamente, pude hacer eso y con experiencia de cómo presentar proyectos enseguida conseguimos plazas... Por eso, Antropología tuvo más fondos y más becarios en los primeros años, entre los becarios de UBA y los primeros becarios del CONICET, Antropología fue la que más becarios tuvo en la facultad y más subsidios, por la habilidad y conocimiento previo para trabajar en equipo, cosa que otras disciplinas no... Incluso, ni siquiera los de Historia tuvieron esa época las mismas oportunidades. Y bueno, además el Instituto⁵. Dirigí el Instituto del 84 hasta el 91, creo. Después, como yo misma lo organicé con secciones y las secciones, en realidad, concentraban los proyectos, yo me di cuenta de que era imposible realizar una real dirección académica desde la oficina central. En el sentido de que lo importante pasaba en cada sección que era el núcleo, que era un programa o un conjunto de proyectos. Entonces, no quise seguir renovando mi postulación, además dije: "yo vengo de afuera, que alguno de los antropólogos de acá...", mi idea siempre era que fuera Maby⁶. Y Maby no quiso presentarse en ese momento y se presentó Herrán, que se quedó diez años más. Bueno, ahora esta Maby, que la tuvimos que convencer, meterla de prepo para tomar la dirección del Instituto. Y ahora lo está haciendo muy bien, está reflatando *Runa* que vuelve a tomar prestigio, me parece bien. Yo dejé de dirigir *Runa*, no tenía ganas de seguir. Porque no soy muy partidaria de las revistas generales, porque la gente no las quiere comprar, porque tenés un artículo o dos de cada especialidad: de antropología biológica, otro de social y otro de arqueología, y así no va.

⁵ Instituto de Ciencias Antropológicas

⁶ Mabel Grimberg

E: ¿Cómo fue el proceso de crear el Instituto?

AML: Bueno, Herrán me llama para ocupar la dirección del Instituto (por supuesto, nos conocíamos), porque pensó que yo, que era una persona que ya tenía un cierto prestigio y que hacía puente entre arqueólogos y antropólogos sociales, que prácticamente había muy pocos, pero que así se iban a estar incorporando, como efectivamente ocurrió. Y había un grupo de arqueólogos que no se fueron con la señora de Bórmida y que quedaron ahí, entre los que estaba Anette Aguerre y alguna poca gente más, había cinco personas. Había gente de antropología biológica, les dije: “yo no tengo problemas que se queden, pero tienen que traer un proyecto”, y, como no los pudieron presentar, se fueron. Y, simultáneamente, el decano Rodríguez Bustamente me ofrece la cátedra, que era de Vellard, que era una etnografía de tierras altas o algo así... Y también tenía ayudantes, entonces yo les dije a las ayudantes, que no me acuerdo ni quiénes eran, no sé si las conocí, si conocían los textos de Murra, o a otros autores vigentes en ese momento, pronuncié tres o cuatro apellidos, dijeron que no. Bueno, “no tengo problemas si se ponen a estudiar”. Dijeron que no, entonces pude proponer el nombramiento de Mercedes del Río y de Ana María Presta, y nosotras tres empujamos para adelante a partir de ahí, con ellas, nosotras tres. Y fueron unas colaboradoras increíbles. Pero además, como antes les decía, la experiencia de haber estado con Rex González, en el momento en que él desarrolla una nueva línea disciplinaria, y haber estado vinculada con Murra y la gente de Francia en esta línea de la nueva etnohistoria también me han brindado una chance importantísima. Eso también fue la casualidad de la vida de caer en ese momento y haber aprovechado la oportunidad. Pero hay más. Si uno revisa los programas de la cátedra, se puede ver que empezamos con incas, mayas y aztecas y que, poco a poco, incorporamos, a medida que se desarrollaban, las investigaciones coloniales. Y fuimos cambiando, y uno puede ir siguiendo el proceso, siguiendo el ritmo del progreso de las investigaciones, a medida que se iban desarrollando nuevas líneas y nuevos temas y avanzando en la cátedra al mismo compás, primero siglos XVI, XVII y XVIII hasta llegar a la actualidad, y lo más importante, nosotros también acompañamos ese proceso en nuestras propias investigaciones.

Fue bien interesante participar de la creación de la nueva Etnohistoria sobre la base de la renovación propuesta por Murra, pues cambia todo a partir de los años 60. Entonces, acompañar ese proceso... Yo nunca fui alumna de Murra... Pero acompañar ese proceso fue una experiencia muy rica, muy rica... Y bueno, toda la formación de recursos humanos en esa línea, que creo que hice una tarea bien constante (*sonríe*), y sigo, aunque ya, los últimos becarios... A los de doctorado sí, pero a los últimos becarios, ya no les tengo tanta paciencia a los más jóvenes, pero bueno... Pero ya dejo, dejo armado todo, ¿no?

Han sido experiencias realmente muy, muy ricas, muy ricas.

“Yo me invento esta sección de Etnohistoria”

AML: Es bárbaro, porque yo me escapo de los problemas de los arqueólogos, que se sacan los ojos entre ellos, me escapo de eso que realmente me molestaba mucho y me creo mi propia chacra. Pero tiene una desventaja, el resto de los antropólogos no terminan de entender bien. Los historiadores, mientras solo trabajaba indígenas estaba bien, pero ahora que me he metido progresivamente más en la sociedad española me miran medio torcido, o me ignoran, no me agraden, no tengo problemas. No tengo pero absolutamente problemas con nadie, pero uno se da cuenta cuando te invitan y no te invitan a ciertos lugares. Es decir, sobre todo los porteños, porque yo tengo mucha relación con los historiadores de Perú, de Bolivia y me invitan constantemente, de Chile, pero los porteños... Hilda Sabato, Romero y toda esa gente: “ah, cómo estás, cómo estás...”, pero no pasa de ahí, ¿no? No me consideran... “no pertenecés al grupo”. Así como tengo sí la sensación de pertenecer a toda una colectividad andina. Y otra de las cosas que yo siento, y eso es con respecto a los antropólogos, con los que tengo excelente, pero excelente relación... que si nosotros nos presentamos en un congreso, salvo que uno tenga un trabajo en un simposio en donde hay otros antropólogos, y entonces no tienen más remedio que escucharte y a veces interesarse, en general cuando hacemos simposios sobre etnohistoria, como va a pasar ahora de nuevo en el CAAS⁷ de noviembre, no hay un antropólogo que esté más o menos vinculado que venga a escuchar, no les interesa la cosa histórica, no les interesa la proyección histórica. Tienen el tiempo muy corto, si lo necesitan en una investigación es un tiempo corto, memoria oral, y bueno, también pueden consultar algunos documentos, obviamente, pero siempre dentro del tiempo muy corto, y no con la dimensión histórica más larga. Y, por el contrario, la historia, incluso los historiadores más porteños y más tradicionales, bueno, “los modernos”, incorporaron la riquísima conceptualización antropológica. Yo no sé, en este momento te diría que, fuera del método, no hay ninguna diferencia. Porque la preocupación por lo simbólico, por el imaginario, por las significaciones, por el parentesco, por la reciprocidad, por..., los trabajos micro y macro, jugando con la doble escala, o la variación de escala, etcétera, etcétera. Ya sabés, desde aquella historia de héroes y de reyes, se pasó a una historia social medio neutra, anónima, y ahora hay una historia con sujetos. Y además, no solamente como sujetos individualizados (sujetos siempre hubo, bah, individualizados), pero ahora están entrando no solamente los indios sino la plebe y todos los grupos, los intermediarios sociales, muy sintéticamente y mal dicho, una especie de clase media dando vueltas, a la que antes no se la miraba. La historia se ha antropologizado muchísimo pero la antropología no quiere salirse del presente y de lo contemporáneo.

Uno tiene que mirar la historicidad de cómo va marchando cada disciplina. Yo estoy escribiendo un ensayo ahora, por ejemplo, si lo que hacemos en nuestras investigaciones es etnohistoria o antropología histórica. La etnohistoria trata de ver, a partir de las crónicas y documentos coloniales, el pasado prehispánico,

⁷ Congreso Argentino de Antropología Social.

el tema, el sujeto básico era la sociedad indígena prehispánica. Poco a poco se va corriendo a la sociedad de origen indígena colonial, por eso se llama etnohistórica, porque “etno”, cualquiera tiene una etnia, cualquiera pertenece a una etnia, pero no dice “la etnia de los españoles”, lo étnico es lo indígena, lo aborígen, la aboriginalidad. Poco a poco, al verlo en el marco de la problemática colonial, entran todos los otros actores sociales, no podés ver a los indios solos. Entonces, uno empieza a descubrir que se puede utilizar el mismo paradigma, el mismo enfoque antropológico para analizar a la sociedad no indígena, en conjunto o por separado si se da el tema. Entonces, yo prefiero, en este momento, hablar más de antropología histórica porque los mete a todos y saca la carga de diferenciación que tiene la palabra “étnico”, que etimológicamente no sea así, pero, como toda palabra, se carga de sentido y “etno” termina siendo igual a “indígena”. En cambio, lo “antropológico” sí nos pone en un plano un poco más universal en cuanto a sujeto... humano, por lo menos (*sonríe*).

E: ¿Qué referentes la marcaron?

AML: Bueno, Rex González y Murra, eso está claro, Nathan Watchel también. Y, en general, el ambiente francés, fundamentalmente ellos. Cuando era más joven, antes de comenzar todo este proceso no sé... Sí, hay un libro que en su momento... dos libros, diría, que en su momento me impactaron en mi adolescencia, mientras era estudiante de secundario. Uno fue *Madame Bovary*, porque, como vivía en un pueblo, yo tenía horror de quedarme clavada en el pueblo, como Madame Bovary, me impactó muchísimo. Y el otro, *El hombre mediocre* de Ingenieros.

Después yo leía mucho: Mallea, Mallea y la ciudad... Yo tenía un tío que vivía aquí en la Capital y veníamos a visitarlo, vivía en la calle 25 de Mayo al 500, todavía estaban los famosos bares de marineros y prostitutas de esa época. Y yo me quedaba horas mirando desde el balcón a la gente y imaginándome novelas, que me escribía en la cabeza, de cosas así tortuosas (*se ríe*)... encuentros extraños con personajes raros. Siempre fui muy imaginativa, por eso me gusta la literatura y la historia, porque me permite jugar con la imaginación, y hoy escribo historia así, sin novelarla pero tratando de otorgarle humanidad a mis personajes. En la historia, me gusta tomar personajes y las pasiones de los personajes, me gustan los amores y los odios de los personajes, las locuras como Bohórquez. Es divertido, ahí me siento en mi salsa.

“Soy la mujer más antigua de la Comisión de Antropología e Historia del CONICET”

Estoy en el CONICET desde el 64... Me jubilé y me recontrataron. Y me recontrataron hasta ahora, y cobré con salario hasta que cumplí setenta y cinco, me pagaron marzo y ya no me pagan más. Por ahora, soy *ad honorem* y voy a renovar el contrato *ad honorem*, para seguir vinculada, ¿no? Por una cuestión de relación con el CONICET, que me ha comprometido tanto, tanto en comisiones y qué sé yo... Pero bueno, sí, ¿hace cuántos años que estoy?

E: Y son 47 años...

AML: Claro. Soy la mujer más antigua (viva) de la Comisión de Antropología e Historia. Eso lo había descubierto Enrique Tandeter, no sé qué estaba investigando un día y buscando un dato. Y me dijo: “sos la más vieja” (*risas*).

Sí, es toda una vida, es toda una vida, toda una experiencia. Y una de las cosas importantes también que he hecho, sobre todo desde que entré a esta universidad y que me dieron el lugar que yo quería, ha sido trasladar a la gente que incorporó todas las pautas de lo que voy viendo, cómo va desarrollándose la política en la Universidad y en el CONICET, que fueron los dos espacios donde yo tuve una presencia muy activa, en las Comisiones, en el Consejo Académico, en las Comisiones de Rectorado, en las Comisiones del CONICET, en distintos niveles de Comisiones del CONICET. Bueno, a medida que yo me enteraba cómo se pergeñaba la política académica, las pautas que se ponían vigentes, qué es lo que hay que hacer para desenvolverse en la carrera académica, todo eso se lo fui transmitiendo a los chicos, alertándolos lo más temprano posible, cuál es la mejor manera para mantenerte a flote en la carrera... académica, obviamente; si vas a hacer otra cosa, esas pautas cambian.

E: ¿Y más allá de los movimientos políticos, cuáles serían esas pautas para triunfar en una carrera académica?

AML: Van variando de acuerdo a cómo las políticas académicas y las modas se van desarrollando, ¿no es cierto? Por ejemplo, el hecho de tener que publicar con regularidad, tratar de no publicar en la propia revista tuya, por ejemplo, porque se supone que es un *house organ*, y vas a encontrar evaluadores más favorables o más... no me sale la palabra, más benignos con tu producción. Eso de salir a publicar afuera, si es posible en el exterior y aún mejor si es en inglés, eso de mantener un ritmo de publicación. Otra de las cosas que yo les digo: vayan a los congresos, pero no vayan a cuanto congreso se hace, no pierdan demasiado tiempo. Además, cada *paper* que se escribe tiene que servir para tres o cuatro cosas: para hacer la ponencia si van al congreso, para publicar, para



hacer un capítulo de un libro. Después, qué es lo que priorizás: terminar la tesis, en este momento, eso antes no era una norma, pero ahora, con el asunto de los plazos, terminar la tesis es imperativo. No hagas “la” tesis de doctorado de tu vida, no, hacé una tesis decente, bien, sólida, pero acotala, primero doctorate y después te dedicás a continuar o profundizar en el tema. Ellos me preguntan con frecuencia “¿Sigo con este subtema que me parece bárbaro?”. “No, ahí lo cortás, lo cortás, dejalo pendiente, dejalo abierto, cuando te hayas doctorado y hayas ingresado a carrera de investigador (del CONICET), ahí vas a poder hacerlo”. Porque lo que pasa es que la carrera te da un piso de solidez económica que permite la continuidad en la investigación.... Este país tiene ese beneficio enorme si ingresas a carrera, te da estabilidad, en un país esencialmente inestable, políticamente inestable, y a pesar de que el CONICET ha sido receptor de una enorme inestabilidad a lo largo de toda su historia también, soportó muchas vicisitudes, pero, mal que mal, es una solución económica e institucional que permite que hagas la investigación, que es la idea que tenía Houssay.

Y otra cosa, otro de los consejos: tengan una pata en la Universidad y otra en el CONICET... A veces, en el Departamento de Antropología, por problemas financieros y con un espíritu de repartir y de equidad, que yo no discuto, protestan cuando alguien tiene dedicación exclusiva y también CONICET. Pero yo les digo: “miren, en lo posible hay que tener los dos lados, porque uno nunca sabe lo que pasa en alguna de las dos instituciones y tenés la otra”. A mí me ha pasado, cuando nosotros renunciábamos en el 66, ¿qué me salvo a mí?, estar en el CONICET, donde, en ese momento, decidieron que conserváramos nuestros cargos... yo tenía miedo de que nos echaran del CONICET, porque había renunciado, pero finalmente sobrevivimos.

E: ¿Usted tenía alguna actividad militante o política en esa época?

AML: No, no, especialmente nunca tuve, especialmente nunca tuve. Nunca fui siquiera muy metida en las agrupaciones de estudiantes, participaba pero nunca estuve en una comisión, ni nada. Siempre he sido muy inútil para eso, muy inútil. Sí, cuando la toma de la facultad por laica o libre, ahí sí, bueno, estuvimos como tres meses con la facultad tomada en Rosario. Eso sí, para esas cosas sí. Pero yo nunca fui una persona muy activista porque, generalmente, sobre todo la gente joven, a mi gusto, siempre es demasiado radical, ya sea en la derecha como en la izquierda. Entonces, me resulta difícil aceptar una cierta radicalidad. Y bueno, o será temor... o será cobardía, si querés llamarlo, no sé, es como que no siempre comulgo con cosas... Pero yo no sé cuáles son las agrupaciones, nunca supe, cuáles son las agrupaciones de estudiantes que hay en la facultad, no sé, tienen todos nombres distintos, van cambiando, ni siquiera las de Antropología. Yo veo que los profesores sí están enterados en la Junta, yo no, estoy siempre en la luna. Una vez, Reborati me decía que yo era su candidata para ser decana, le dije: “estás muy equivocado”, porque no sabría ni manejarlo con los alumnos, ni con los no docentes; yo puedo organizar bien esto que organizo en todo caso, pero no, no, soy muy torpe para eso.

“Siempre fuimos tremendamente respetuosos de las comunidades que nos acogían”

E: ¿Se le ha presentado en su trabajo algún dilema ético alguna vez?

AML: Dilema ético... A veces, podía aparecer alguien, no, nosotros... por el problema de los esqueletos, qué sé yo, los muertos, ahora los indígenas no te dejan ni tocarlos, pero bueno, es otra historia actual, en ese momento no.

No, y además siempre fuimos tremendamente respetuosos, los arqueólogos (por lo menos, lo que yo vi y lo que conozco, no solamente de lo que yo participé), tremendamente respetuosos de las comunidades que nos acogían para hacer las excavaciones. Mirá, si yo hubiera tomado nota, porque la intimidad que se creaba con los peones... Teníamos muchos peones, varios peones, ahora ya casi no se utilizan, pero cuando nosotros excavábamos sí, se excavaba poco con pala, pero había que remover mucha tierra. Y uno pasaba horas con ellos y les preguntábamos, hacíamos unas encuestas de vida fantásticas, y yo nunca tomé nota de todo eso.

Yo me acuerdo uno de los últimos años en Catamarca con el sitio incaico, había un peón que todas las mañanas me traía una bolsita con tomates recién cosechados de su quinta (*sonríe*)... Y teníamos una relación lindísima y colaboraban con nosotros... Otra vez, en el año 58, estábamos en El Alamito para mi cumpleaños, y uno de ellos me trajo un litrito de leche de regalo porque era mi cumpleaños (*sonríe*).

Tuvimos soldados, tuvimos soldados, me he dado el gusto de mandar a siete hombres, nunca va a ocurrir una cosa así, siete hombres. Porque la primera vez, cuando fue Rex González, el primer viaje del 57, tuvimos soldados. González fue al regimiento y le dijo al comandante: “elija los más feos”. Y te aseguro... (*risas*) porque tenía miedo de que nosotras nos enamoráramos de esos chicos... Realmente, todos los más feos. Y uno dormía con nosotros en la escuela, otros dormían en una carpa, el que dormía con nosotros en la escuela, Ríos, terminó siendo el “General” Ríos, que nos acompañaba, nos llevaba la comida.

Y muchos años después, en Santa María, en el 59, también nos dieron soldados. Y yo tenía veinticuatro años, conmigo venían tres personas más,



una de ellas era Myriam Tarragó, la Directora del Museo, y siete hombres, teníamos que vivir ahí en la escuela. Pero una vez, con Myriam, yendo en otro viaje, estábamos en Santa María, fuimos a dar juntas una conferencia y se nos acercó un señor, que dijo que había estado no con nosotras sino con otro de los grupos (a veces nos dividíamos) y que sí, que la orden del Regimiento era ante la menor queja tres años más, así que se portaban bien porque eran buenos, pero también porque... (*se ríe*) si llegaban a tener una queja, por favor. No, pero siempre fueron muy respetuosos, muy buenos colaboradores. Y los pobladores de la zona te ayudaban mucho también.

E: Hubo una discusión en un momento, que tuvo que ver con la antropología específicamente, con la ley de ejercicio profesional y con la posibilidad o no de una matriculación. Hubo una serie de incumbencias que están, pero, respecto a esta ley de ejercicio profesional y a la matriculación, usted, por haber estado mucho tiempo en el Instituto y vinculada con antropólogos, ¿qué opina?

AML: Sí, pero no sé cuál es el problema, no lo he seguido, no tengo una opinión clara. Como he estado siempre volcada a la investigación, es decir, el ejercicio profesional es como un área donde no tengo opinión muy clara.

Lo que sí creo que las carreras de grado y las maestrías tienen que tender fundamentalmente a la formación profesional, tanto en la investigación como en la actividad “aplicada”. Sobre todo la maestría, fundamentalmente a la actividad profesional aplicada, digamos, para decirlo rápido, ¿no? Tanto que el doctorado está más destinado a la investigación. Es decir, yo haría esa diferenciación. Y la carrera de grado, dar las dos opciones. Digamos, desarrollar las habilidades tanto para investigar como para el trabajo de aplicación. Sobre todo en una carrera como Antropología; en Historia no sabría meterme a decir nada, no sé...

“Es un privilegio haber tenido la opción,
y haber aprovechado, de elegir
lo que me gusta hacer”

¿Hay algo de lo que me arrepienta?... Supongo que de no haberme dado cuenta a tiempo de algunos conflictos internos, de los dos o tres que he tenido en estos veinticinco años acá, que dejaron heridas profundas en la gente. No haber frenado las competencias de la gente más joven, de eso sí me arrepiento, de no haberme dado cuenta de eso.

E: En sus investigaciones ¿cuál fue el descubrimiento o revelación que más la haya sorprendido?

AML: ¿En arqueología o en etnohistoria?

E: En su vida como investigadora.

AML: En mi vida como investigadora... No sé si es un buen ejemplo

pero... la alegría cuando lloré, cuando encontré, después de años de excavar en Santiago del Estero, donde siempre todos los datos apuntaban a que era una sociedad agrícola, una sociedad hortícola por lo menos, encontré el primer marlito de maíz. Porque nunca encontrábamos, siempre había evidencias indirectas, animales, huesos, todo bicho que caminaba iba a parar al asador ahí, cerámica sí, para tapizar un palacio, pero nunca se encontraba maíz, nada, nada de vegetal. Y ese día, lloré, ese día lloré cuando encontré ese marlito...

No sé si como descubrimiento en sí o, al menos, para comprender mejor a la sociedad que estudiábamos... Bueno, también en Santiago del Estero tengo otro ejemplo. No fue tan emocionante, pero siempre siguió siendo sorprendente, un esqueleto de una llama, totalmente metido en un hoyo como para ser cocinado, totalmente articulado, pero no se lo habían comido, porque estaba articulado. Estaba nada más que el esqueleto, por cierto... cosas así, sorprendentes.

Y después... Yo creo que no es una cosa que descubrí, que puede ocurrir, pero es esa cosa de ir avanzando y comprendiendo cada vez más qué pasaba en la época que investigás. Cuando yo escribí el libro de Bohórquez, por ejemplo. Ir encontrando, pensando cómo pensaba este tipo, pensando que le podía escribir al virrey que había encontrado una ciudad maravillosa, que el rey tenía un trono de marfil, que no mentía estrictamente, que él estaba convencido de que algún día lo iba a encontrar, y que tenía que convencerlo al Virrey de que le otorgara fondos y autorización para volver a ese palacio, a esa ciudad maravillosa que él "había visto". Entonces, esa cosa de ir avanzando, cómo puede operar una persona, cómo construyó todo un imaginario, cómo funcionaba ese imaginario de riqueza, riqueza y poder, porque él quería ser inca, fundador, gobernador, intentó todo. Entonces, se trata de ir acompañando a ese hombre en ese derrotero de imaginación.

También me sorprendió ver, cuando empecé con otro tipo de documentos, las peleas que tenía, por ejemplo el gobernador Campero, o el gobernador de Buenos Aires, que era el encargado de la expulsión de los jesuitas, las peleas y las palabras con que se expresaban; disputas en la audiencia. Qué es lo que se decían y cómo... elegantemente se insultan mutuamente, sin malas palabras, pero muy enérgicamente, cómo cruzaban palabras duras entre los oidores de la audiencia y el gobernador de Buenos Aires.

O, por ejemplo, ahora lo último que me gustó en Madrid: leer las cartas que el embajador español en Francia enviaba a los ministros del rey, contándole los problemas sexuales de Luis XVI con María Antonieta. Claro, como es un asunto de Estado tener un hijo, todos los detalles de alcoba (*risas*), eso lo contaba el embajador porque era el problema de un rey que con esas dificultades no podía procrear, y se transforma en un asunto de Estado. Así que eso sí, sorprende que haya habido tales detalles en una carta del embajador, un embajador que era nada menos que el Conde de Arana. Pero ya te digo, lo más lindo es el placer de avanzar descubriendo todos los días algo nuevo (*sonríe*), como la excavación, ¿no? A medida que vas limpiando y limpiando y va apareciendo la cosa, que siempre aparece lo mejor el día que te debes ir. Y bueno, y también con la documentación, con un hecho determinado, cómo vas aprendiendo a incorporarte en la subjetividad de ese "otro", que está muy alejado en el tiempo, son siglos, y muchas veces decís: "bueno, es tan humano como cualquiera", pero,

a la vez, tenían otras formas de expresarse. Ese placer, placer de aprender algo nuevo todos los días, eso es lo más importante, todos los días aprendés algo nuevo en la investigación, entonces uno puede vivir feliz (*sonríe*), y si tenés algún resentimiento proveniente de la actividad académica, taparlo, taparlo, es decir, no en el sentido psicológico de ocultarlo, no, no, decir que se vaya, que vaya al fondo, diluyéndose, si es posible.

E: Nosotros siempre les preguntamos a todos nuestros entrevistados qué los hace feliz de...

AML: Y todos te deben decir lo mismo (*sonríe*).

E: Justamente usted nos está contando esto, ¿no? El placer de ir entendiendo.

AML: De ir entendiendo. Y vas entendiendo a la humanidad, una parte de la humanidad, ¿no? Vas entendiendo... También es el placer de descubrir, simultáneamente, desde la antropología y la historia, es decir, de conocer más cómo fue todo esto, qué paso, qué pasó con toda esta sociedad, no quedar limitado a cuatro cosas, cuatro personajes, hay toda una cantidad de cosas, cómo influyen, ¿no?

Pero, ya te digo, es el placer supongo que cualquier investigador, en cualquier disciplina, puede sentir, lo mismo, sentir placer de hacerlo. Yo siempre digo que quien ha hecho una carrera como la mía debe estar conforme con su destino. Yo soy una privilegiada y tengo que reconocerlo, reconocerlo a la sociedad y a aquellos que me dieron la oportunidad, entre otros, las universidades y el CONICET. Y, una escuela pública como la que tuve, una escuela en un pueblo que me formó de tal manera que no tuve problema para llegar a la universidad. Todo eso, es decir, es un privilegio haber tenido la opción, y haberla aprovechado, de elegir lo que me gusta hacer. Hay tanta gente que te dice: "ay, no veo el momento de jubilarme", se cansan, no quieren seguir trabajando. No, yo creo que también es un poco patológico, creo que estoy casi incapacitada de disfrutar unas buenas vacaciones, a menos que me lleven a recorrer y a ver algo nuevo (*sonríe*). Como que si me tengo que quedar tirada panza arriba en la playa, a los cuatro días estoy aburrida. No, me llevo un libro de historia (*sonríe*).

Yo soy una persona feliz, fijate, soy una persona feliz.

